

LA OPCION DE LA PROPIA IDENTIDAD

Isaac Felipe Azofeifa



Estuvo entre nosotros el tío rico del norte. Nos hizo gracia pensar que su venida coincidía con la próxima llegada de la figura comercial de Santa Claus (así, en inglés). Los periodistas les hicieron preguntas —como ahora sucede— a cuantos infelices peatones se encontraron a mano. ¿Qué le parece a usted? y se confirmó lo que ya tenemos sabido. Que el nuestro, si no es un pueblo de babiecas o de analfabetos, se le parece mucho. Nadie da una respuesta inteligente. Nadie asume criterio ilustrado siquiera por la lectura de una hoja periodística. Tópicos, lugares comunes, simplezas, de quienes viven en babia. Y esto habla muy mal de la cultura media de nuestro pueblo urbano que por ser de la capital podría estar mejor informado y tener más finos criterios sobre las cosas. Se le confirma a uno cierta sospecha de que los ticos somos pueblo sin chispa, sin preocupación intelectual que vaya más allá de la lectura del silabario. Una chica, posiblemente estudiante de colegio, exclamó, "Es lo máximo" con frase igual a la que pronuncia cuando escucha a un cantante de moda. Suponemos que en su aparato receptor nunca se capta un programa informativo o educativo. A nuestro hombre común parece no interesarle vivir en serio la odisea intelectual del hombre contemporáneo. Pero dejemos de quejarnos, porque vamos a llegar al origen de esta abulia intelectual: a la escuela y el maestro costarricense.

Pero mi objeto no era este sino otro, siempre dentro de la tesis de que nuestros pueblos y gobiernos e intelectuales todavía están muy lejos de sentir la urgencia de la opción de la propia identidad. La visita del tío rico del norte separó la opinión pública en cuatro gajos así: los que nunca saben nada de nada; los que lamentan siempre que el nuestro no sea un estado más de Estados Unidos; los que desean que lo más pronto nos llegue a librar de Estados Unidos el libertador ruso, y finalmente, la invisible porción de quienes todos los días nos asomamos a ver cuántos se les ocurre pensar que la verdadera tarea latinoamericana es pugnar por que nuestros pueblos se den cuenta de su potencialidad intacta —económica, cultural— y de que su meta necesaria es llegar a ser tarde o temprano un territorio autónomo, libre, capaz de hombrearse con los imperios de derecha y de izquierda porque ha sabido con inteligencia y con valor ganarse a sí mismo, conquistarse a sí mismo, encontrar su propio destino. Nos ha tocado la coyuntura más difícil durante estos años: están en guerra abierta el Este contra el Oeste. El campo de batalla es todo el mundo, y los imperialismos repartiéndose sus despojos, mientras una claudicante democracia social se mueve entre ellos. Los latinoamericanos vivimos descoyuntados entre esas mismas tendencias contradictorias. Pero la vida impone drásticas decisiones: o esto o lo otro y es debilísima la opción de la propia identidad. Muy débil. Tanto que ni entre los cultos de nuestra América se enciende. Hace poco, una de nuestras autoridades universitarias expresó que entre el tío rico del norte y el imperialismo social ruso se quedaba con el primero. Es un caso en que la cultura le sirve al hombre para evadir su responsabilidad de latinoamericano. La consigna debe ser: ni sumisosa Estados Unidos ni sumisos a Rusia: libres con la autonomía latinoamericana. Sí, pero mientras tanto, ¿Cómo están procediendo los modernos líderes de nuestras revoluciones libertadores? ¿Tienen clara la idea de para qué van a liberarse? ¿Para crear su propia vida, su propia solución socioeconómica y cultural o para entregarse sin condiciones a una de las dos alternativas y pertenecer sin remedio al Este o al Oeste? ¿Y por qué no empezar desde ahora a ser nosotros mismos?